

WINSTON CHURCHILL

Discurso pronunciado en
el Westminster College:
“El nervio de la paz”

5 de Marzo de 1946

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL WESTMINSTER COLLEGE: "EL NERVIOS DE LA PAZ".

Fulton, Missouri, 5 de marzo de 1946¹

Winston Churchill es reconocido como gran estadista, gran orador y gran escritor.

Este discurso fue pronunciado cuando había dejado de ser Primer Ministro tras la Segunda Guerra Mundial, durante una visita privada a Estados Unidos. Si bien no era jefe de gobierno, la fama ganada debido a su rol con ocasión del conflicto armado lo había convertido en una figura de autoridad en todo el mundo libre. A tal punto que esta intervención contó con la presencia del presidente de los Estados Unidos –Harry Truman– en la audiencia.

Esta alocución se encuentra entre las de mayor impacto de Churchill, toda vez que diversos académicos e historiadores consideran que es una suerte de punto de partida para lo que será la Guerra Fría: es el primero en denunciar el expansionismo de la Unión Soviética y acuña la expresión "Telón de Acero" para referirse a la órbita soviética.

Un elemento central a su intervención es la denuncia de la tiranía, que parte por reconocer que las libertades no son respetadas en un considerable número de países: existe un control excesivo sobre la gente común ejercido por diversos tipos de gobiernos policiales sumamente intervencionistas, o por dictadores o por compactas oligarquías que ejercen sobre los ciudadanos un poder irrestricto mediante un partido hegemónico y una policía política. Aunque rechaza una intervención militar en los asuntos propios de estos países, hace un llamado a proclamar sin miedo los grandes principios de la libertad, la democracia representativa y

los derechos del hombre que a su juicio, son el legado del mundo de habla inglesa y que se encuentran plasmados en una siere de instituciones: la Magna Carta, la Declaración de Derechos, el Habeas Corpus, el juicio con jurado, y en especial, la Declaración de Independencia americana.

Acto seguido insiste en una idea que ya impulsaba como Primer Ministro de Reino Unido, la estrecha colaboración del mundo angloparlante construido sobre esta visión de sociedad para hacer frente a las amenazas de la paz. En este sentido no duda en calificar al comunismo abiertamente como un peligro: tanto los partidos comunistas como las personas o grupos organizados en las democracias que los apoyan o promueven su ideología. Constituyen un desafío y un peligro creciente para la civilización cristiana.

El llamado que hace a todo el mundo libre es a no desviar la atención tras la victoria en la Segunda Guerra Mundial. Por el contrario considera que sería una gran insensatez no enfrentar abiertamente estas amenazas con la debida anticipación y coordinación de parte de las democracias. El tiempo demostró lo profético del análisis de Winston Churchill: el expansionismo soviético, las restricciones de libertades y la vulneración de la dignidad de la personas se convirtieron en la tónica de la Guerra Fría en los años posteriores a este discurso.

¹ Texto publicado originalmente en Winston S. Churchill, Europa Unida. Dieciocho discursos y una carta. (Madrid, Ediciones Encuentro, 2016).



Me alegra estar en el Westminster College esta tarde y me halaga recibir el doctorado que me habéis otorgado. El nombre «Westminster» me resulta familiar. ¡Si habré oído hablar de él antes! En Westminster recibí una gran parte de mi educación en política, dialéctica, retórica y una o dos materias más. Así que nos hemos educado en la misma o muy parecida institución, emparentadas ambas, en cualquier caso.

Para un visitante particular constituye también un honor, tal vez único, que el presidente de los Estados Unidos le presente ante un auditorio académico. A pesar de sus numerosos compromisos, obligaciones y responsabilidades —ni buscados ni evitados—, el presidente ha recorrido más de mil kilómetros para dignificar y engrandecer nuestra reunión aquí hoy, dándome la oportunidad de dirigirme a esta nación tan cercana, a mis propios compatriotas del otro lado del océano, y quizás también a otros países. El presidente les ha dicho que es su deseo, y estoy seguro que también el de todos ustedes, que me tome la libertad de expresar mi verdadera opinión en estos tiempos de desasosiego y confusión. Me valdré de esta libertad, a la que ciertamente creo tener derecho, pues he satisfecho todas las ambiciones que albergué en mi juventud más allá de lo imaginable. Quiero aclarar, sin embargo, que no tengo misión oficial alguna ni estatus de ningún tipo y que hablo solo en mi propio nombre. Aquí no hay nada más que lo que ustedes están viendo.

Puedo permitirme, por ello, con la experiencia de toda una vida, opinar sobre los problemas que nos acosan desde el día siguiente a nuestra victoria absoluta por las armas y contribuir, con todas mis fuerzas, a que lo que se ha ganado con tanto sacrificio y sufrimiento sea preservado para la gloria y la seguridad futuras de la humanidad.

Los Estados Unidos se encuentran en la actualidad en la cima del poder mundial. Es este un momento solemne para la democracia americana, pues la hegemonía conlleva la carga imponente de responsabilizarse del futuro. Si miran a su alrededor, no solo experimentarán el sentimiento del deber cumplido, sino también la ansiedad de no caer por debajo del nivel alcanzado. Nuestros dos países tienen delante una oportunidad, clara y grande. Rechazarla, ignorarla o desaprovecharla nos acarrearán todos los reproches del tiempo venidero. Es necesario que la presencia de ánimo,

la persistencia en el propósito y la resolución inspiren y gobiernen la conducta de los pueblos de habla inglesa en tiempos de paz, como ya sucedió durante la guerra. Tenemos que estar a la altura de estas graves exigencias y creo, por lo que a mí respecta, que lo estaremos.

Cuando los militares americanos abordan una situación seria escriben en el encabezamiento de su directiva las palabras «concepción estratégica global». Esto es sensato en la medida en que clarifica el pensamiento. ¿Cuál debe ser la concepción estratégica global que debemos adoptar ahora? Nada menos que la seguridad y el bienestar, la libertad y el progreso de todos los hogares y familias de todos los hombres y mujeres en todos los países. Me refiero particularmente a las miríadas de casas y apartamentos en los que el afanoso asalariado, en medio de los accidentes y dificultades de la vida, protege a su mujer e hijos de la privación, cría a su familia en el temor de Dios o según las convicciones éticas que a menudo tan importante papel desempeñan.

Para dar seguridad a estos incontables hogares hay que protegerlos de dos terribles merodeadores: la guerra y la tiranía. Todos conocemos la espantosa conmoción en la que cualquier familia se ve inmersa cuando una guerra se lleva por delante a quien gana el pan y a aquellos por quienes este trabaja y se afana. Tenemos ante nosotros la terrible ruina de Europa, aniquiladas todas sus glorias, y la de extensas regiones de Asia. Cuando los designios de hombres malvados o el impulso agresivo de estados poderosos destruyen el marco de la civilización, las gentes humildes se ven copadas por dificultades que no pueden afrontar. Para ellos todo está perturbado, roto, hecho trizas. En esta tarde apacible me estremece pensar lo que realmente están pasando ahora millones de personas y lo que les espera cuando el hambre acose a toda la tierra. Nadie puede evaluar lo que algunos llaman «la suma inestimable del dolor humano». Nuestra tarea y nuestra obligación supremas son la custodia de los hogares de esta gente sencilla frente a los horrores y las miserias de otra guerra. En eso todos estamos de acuerdo.

Nuestros colegas militares americanos, después de haber proclamado su «concepción estratégica global» y evaluado los recursos disponibles, pasan siempre a la etapa siguiente, la del método. También en este punto hay un acuerdo general. Se ha creado una organización mundial con el



propósito esencial de prevenir la guerra. La ONU, sucesora de la Sociedad de Naciones, con la decisiva adhesión de los Estados Unidos y todo lo que ello significa, ya está en marcha. Debemos asegurarnos de que su trabajo sea fructífero, que sea una realidad, no una ficción, y que constituya una fuerza para la acción y no mera palabrería; que sea, en suma, un verdadero templo de la paz en el que los escudos de las naciones puedan descansar un día y no el directorio de una torre de Babel. Antes de que nos deshagamos de los armamentos nacionales, pilar de nuestra seguridad, debemos estar seguros de que nuestro templo se ha construido, no sobre arenas movedizas ni en un lodazal, sino sobre roca. Todo aquel que abra los ojos puede ver que nuestro camino será largo y difícil, pero si perseveramos juntos como ya hicimos en las dos guerras mundiales —aunque no, ay, en su intervalo—, no dudo que alcanzaremos nuestra meta común.

Quiero proponer una acción concreta y práctica. Podemos crear tribunales y magistrados, pero estos no podrán funcionar sin oficiales y agentes de policía. La Organización de las Naciones Unidas debe ser dotada inmediatamente de una fuerza armada internacional. En esta materia solo podemos avanzar paso a paso, pero tenemos que empezar ahora mismo. Propongo que cada potencia y cada estado sean invitados a delegar un cierto número de escuadrillas aéreas al servicio de la organización mundial. Estas escuadrillas serían entrenadas y pertrechadas en sus respectivos países, pero rotarían entre ellos. Vestirían el uniforme de su propio país, pero con insignias diferentes.

Aunque estarían a las órdenes de la organización mundial, no se les exigiría actuar contra su propia nación. Esto podría comenzar a pequeña escala, ampliándose en la medida en que lo haga la confianza. Me hubiera gustado verlo después de la Primera Guerra Mundial, pero no fue posible. Ahora, en cambio, creo fervientemente que sí puede hacerse.

Sería una equivocación y una imprudencia confiar el secreto de la bomba atómica, compartido actualmente por los Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá, con la organización mundial mientras esta se encuentre en su infancia. Sería una locura criminal librar ese secreto a un mundo todavía convulso y desunido. Nadie en ningún país ha dormido peor porque este conocimiento y el método y las materias primas necesarias para su aplicación se encuentren mayormente en manos americanas. No creo que pudiéramos dormir tan tranquilos si la situación se invirtiera y algunos estados comunistas o neofascistas monopolizaran los aterradores ingenios atómicos. Hasta el miedo que estos suscitan podría ser utilizado por los sistemas totalitarios para imponerse a las democracias del mundo libre, con consecuencias que sobrecogen la imaginación humana. Pero Dios no lo ha querido así y al menos contamos con un margen para poner nuestra casa en orden antes de tener que afrontar este peligro. De modo que, si no escatimamos esfuerzos, alcanzaremos una superioridad tan formidable que nos permitirá disuadir efectivamente a los demás no solo de emplear estos medios, sino de amenazar con su empleo. Finalmente, cuando la hermandad sustancial del género

humano se encarne y exprese en una organización mundial con todas las salvaguardas prácticas para hacerla efectiva, nada impedirá que se le confíen a la misma esos poderes. Llego ahora al segundo merodeador que amenaza las casas y los hogares de las gentes sencillas: la tiranía. No podemos estar ciegos ante el hecho de que las libertades que disfrutaban los ciudadanos del Imperio Británico no están vigentes en un considerable número de países, algunos muy poderosos. En esos estados existe un control agravado sobre la gente común ejercido por diversos tipos de gobiernos policiales sumamente intervencionistas. Los dictadores o las compactas oligarquías que ejercen sobre ellos un poder irrestricto operan mediante un partido hegemónico y una policía política. En este momento de tribulación no es nuestra obligación injerirnos por la fuerza en los asuntos internos de unos países que no hemos debelado. Pero no por ello podemos dejar de proclamar sin miedo los grandes principios de la libertad y los derechos del hombre, legado del mundo de habla inglesa que, a través de la Magna Carta, la Declaración de Derechos, el Habeas Corpus, el juicio con jurado y nuestro derecho común, encuentra su más célebre expresión en la Declaración de Independencia americana.

Todo eso significa que el pueblo de cualquier país tiene el derecho y debería tener el poder, garantizado por la constitución y por unas elecciones libres no interferidas, con voto secreto, de elegir o cambiar el gobierno o el régimen bajo el cual viven; que la libertad de expresión y de pensamiento deberían reinar; que los tribunales de justicia, independientes del ejecutivo e imparciales, deberían aplicar las leyes que han recibido el amplio respaldo de una gran mayoría o que el tiempo y la costumbre han consagrado. He aquí los títulos de la libertad que deberían ser fundamento de todos los hogares. Este es el mensaje de los pueblos británico y americano a la humanidad. Prediquemos lo que practicamos y practiquemos lo que predicamos.

Ya he mencionado los dos grandes peligros que amenazan los hogares de la gente: la guerra y la tiranía. Todavía no he hablado de la pobreza y la privación, en muchos casos la angustia primaria. Pero si los peligros de la guerra y la tiranía fueran removidos, es indudable que la ciencia y la cooperación promoverían en los próximos años o en las próximas décadas, en un mundo que se acaba de instruir en la escuela de la guerra, una expansión del bienestar

material más allá de todo lo registrado hasta ahora por la experiencia humana. En estos momentos de tristeza y desánimo nos azotan el hambre y la miseria, consecuencias de nuestra lucha colosal; pero eso pasará, tal vez muy pronto, y si la estupidez humana o los crímenes execrables no lo impiden, no hay razón para que en todas las naciones no se inaugure y disfrute una época de plenitud. Suelo usar estas palabras que aprendí hace cincuenta años de un gran orador norteamericano de origen irlandés, mi buen amigo el señor Bourke Cockran: «Hay suficiente para todos. La tierra es una madre generosa; nos proveerá de alimentación en abundancia para todos sus hijos si se cultivara su suelo con justicia y en paz». Hasta aquí creo que todos estamos de acuerdo.

Ahora, mientras que todavía buscamos el medio de realizar nuestro concepto estratégico global, llego al punto crucial que me ha traído hasta aquí. No conseguiremos prevenir la guerra ni desarrollar ni consolidar una organización mundial sin lo que he llamado la asociación fraternal de los pueblos de habla inglesa. Esto presupone la relación especial entre la Commonwealth británica de naciones y el Imperio con los Estados Unidos. Intentaré ser preciso, pues no es el momento de formular vaguedades. Esa asociación fraternal exige no solo la creciente amistad y el mutuo entendimiento entre nuestras dos complejas sociedades, ligadas por vínculos de familia, sino la continuación de la estrecha relación entre nuestros consejeros militares que nos permita estudiar conjuntamente los peligros potenciales, la similitud de nuestros armamentos, la de nuestros manuales de instrucción y el intercambio de oficiales y cadetes en nuestras respectivas escuelas militares. Con el mismo objeto, debería prolongarse también el esfuerzo actual de nuestros países para mantener nuestra seguridad mutua con el uso conjunto de nuestras respectivas bases navales y aéreas en todo el mundo. Esto duplicaría tal vez la movilidad de la flota y la fuerza aérea americanas; ampliaría enormemente el radio de acción de las fuerzas del Imperio Británico y supondría, cuando el mundo recobre la tranquilidad, un importante ahorro financiero. Ya estamos usando conjuntamente un buen número de islas, pero hay otras que también podrán ser confiadas a nuestra común procura en un futuro próximo.

Los Estados Unidos tienen ya un Acuerdo Permanente de Defensa con el dominio del Canadá, tan estrechamente vinculado a la Commonwealth y al Imperio Británico. Este

acuerdo resulta más efectivo que muchos otros suscritos en el marco de alianzas formales. Este principio debería ampliarse a toda la Commonwealth británica con absoluta reciprocidad. De modo que, pase lo que pase, y solo así, estaremos seguros y seremos capaces de cooperar en las causas superiores y simples que amamos, para nadie nocivas. Podría nacer —y yo creo que nacerá— una ciudadanía común, pero contentémonos con dejarla al destino, cuya mano ya vemos extenderse claramente muchos de nosotros.

Sin embargo, tenemos que hacernos una pregunta muy importante. ¿Una relación especial entre los Estados Unidos y la Commonwealth sería incompatible con nuestra necesaria fidelidad a la organización mundial? Respondo que, al contrario, es probable que sea el único medio que permitiría a esa organización alcanzar su verdadera magnitud y fortaleza. Ya existe la especial relación entre los Estados Unidos y Canadá que acabo de mencionar, y también entre los Estados Unidos y las repúblicas de Sudamérica. Nosotros, los británicos, tenemos desde hace veinte años un tratado de colaboración y asistencia mutua con la Rusia soviética. Estoy de acuerdo con el señor Bevin, ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, cuando dice que, por nuestra parte, podría ampliarse hasta los cincuenta años. No aspiramos sino a una asistencia y una colaboración mutuas. Los británicos tienen una alianza con Portugal, nunca quebrantada desde 1384, que ha fructificado en momentos críticos como la última guerra. Ninguno de estos acuerdos contradice el interés general de un acuerdo o una organización mundiales; al contrario, puede ayudar. «En la casa de mi padre hay muchas moradas». Las asociaciones especiales formalizadas entre los miembros de Naciones Unidas que no tengan entre sí contenciosos y que no persigan un designio incompatible con la Carta de las Naciones Unidas, lejos de ser perjudiciales, resultan útiles y, en mi opinión, indispensables.

He hablado ya del templo de la paz. Ese templo tienen que erigirlo operarios de todos los países. Si dos de los operarios se conocen especialmente bien y son viejos amigos, si sus familias están emparentadas y si tienen «fe en sus respectivos propósitos, esperanza en su futuro común y caridad hacia los defectos del otro» —por citar unas estupendas palabras que leí aquí el otro día— ¿por qué no pueden cooperar en la tarea común como amigos y socios?, ¿por qué no pueden compartir sus instrumentos e incrementar de este modo sus respectivas capacidades de

trabajo? O lo hacen así o puede que el templo no se levante; o bien que, siendo construido, se colapse, demostrándose nuevamente que nada hemos aprendido y que tendremos que hacerlo, por tercera vez, en la escuela de la guerra, una guerra que será incomparablemente más severa que aquella de la que acabamos de salir. Podría empezar de nuevo una época oscura, una Edad de Piedra que vendría en alas de una ciencia brillante, la cual, pudiendo derramar sobre la humanidad innumerables beneficios, podría acarrear en cambio su destrucción total. Yo les digo: estén prevenidos; puede que no tengamos mucho tiempo. No nos desentendamos de la marcha de los acontecimientos o será demasiado tarde. Si existe una asociación fraternal como la que he descrito, con toda la fuerza y la seguridad adicionales que nuestros países pueden extraer de ella, asegurémonos de que el mundo conozca ese gran hecho y contribuya a la fundación y consolidación de una paz cada vez más estable. Este es el camino de la sensatez. Es mejor prevenir que curar.

Una sombra ha caído sobre los escenarios recién iluminados por la victoria aliada. Nadie sabe qué pretenden la Rusia soviética y su organización comunista internacional en el futuro inmediato, o cuáles son los límites, si es que hay alguno, de sus pujos expansivos y proselitistas. Profeso una gran admiración y respeto por el valiente pueblo ruso y por mi camarada de guerra, el mariscal Stalin. En Gran Bretaña —y no dudo que aquí también— son bien quistos los pueblos de todas las Rusias; así mismo, se ve en ella con simpatía la determinación de establecer, a pesar de las muchas diferencias y los desaires, una amistad perdurable con los soviéticos. Entendemos la necesidad rusa de asegurar sus fronteras occidentales disipando toda posibilidad de una nueva agresión alemana. Damos la bienvenida a Rusia en el puesto que merece ocupar justamente entre las principales naciones del mundo. Saludamos su pabellón sobre los mares. Por encima de todo, aprobamos los contactos constantes, frecuentes y crecientes entre el pueblo ruso y nuestros propios pueblos a ambos lados del Atlántico. Sin embargo es mi obligación, pues estoy seguro que ustedes prefieren que les presente la realidad como yo la veo, no pasar por alto ciertos hechos acaecidos en Europa.

Desde Stettin en el Báltico a Trieste en el Adriático, un Telón de Acero ha caído sobre el continente. Detrás de esa línea están todas las capitales de los antiguos estados de la

Europa Central y Oriental. Varsovia, Berlín, Praga, Viena, Budapest, Belgrado, Bucarest y Sofía, todas estas famosas ciudades y sus moradores han caído en lo que debo llamar la esfera soviética, y todas están sometidas, de una forma u otra, no solo a la influencia soviética, sino a un enorme y en muchos casos creciente control de Moscú. Tan solo Atenas —Grecia con sus glorias inmortales— es libre de decidir su futuro en unas elecciones bajo la inspección de observadores británicos, americanos y franceses. El gobierno polaco, controlado y predispuesto por Rusia, se ha injerido en Alemania con medidas tan graves y equivocadas como la expulsión masiva de millones de alemanes en una escala atroz e inaudita. Los partidos comunistas, que eran muy pequeños en todos esos estados de la Europa del Este, son ahora hegemónicos y, aunque su poder excede de su militancia numérica, persiguen en ellos el control totalitario. Los gobiernos policiales se han instalado, pues, en la mayoría de esos países y, con la excepción de Checoslovaquia, en ninguno hay verdadera democracia.

Turquía y Persia se sienten profundamente alarmadas y perturbadas por las reclamaciones de las que son objeto y por la presión ejercida desde el gobierno de Moscú. Los rusos intentan constituir un partido cuasi comunista en su zona de la Alemania Ocupada mostrándose favorables a los grupos de dirigentes izquierdistas alemanes. Cuando los combates terminaron en junio del año pasado, los Ejércitos americano y británico, según un acuerdo previo, se replegaron hacia el oeste hasta 250 kilómetros en algunos puntos de un frente de unos 650 kilómetros, permitiendo así a nuestros aliados rusos ocupar el vasto territorio conquistado por las democracias occidentales.

Si el gobierno soviético pretende, unilateralmente, establecer una Alemania procomunista en su área, perturbará gravemente las zonas británica y americana y permitirá que los alemanes derrotados se pongan a subasta entre los soviéticos y las democracias occidentales. Cualesquiera que sean las consecuencias de estos hechos —hechos inconcusos—, ninguna de ellas tiene que ver con la Europa liberada por la que hemos luchado. Tampoco con una Europa en la que sea posible una paz duradera.

La seguridad mundial requiere una nueva unidad en Europa, de la cual ninguna nación pueda ser excluida permanentemente. Las guerras mundiales de las que hemos sido testigos u otras acaecidas en otras épocas

son la consecuencia de la lucha entre las razas europeas originarias. Por dos veces en el transcurso de nuestra vida hemos visto que los Estados Unidos, en contra de sus deseos y sus tradiciones, en contra de argumentos cuya fuerza es imposible no comprender, han sido arrastrados a estas guerras por una fuerza irresistible. Llegaron a tiempo de garantizar la victoria de la causa justa, pero después de que hubieran tenido ya lugar masacres y devastaciones espantosas. Por dos veces los Estados Unidos han enviado a varios millones de jóvenes americanos a través del Atlántico al encuentro de la guerra; pero ahora es la guerra la que puede encontrar a cualquier nación dondequiera que se encuentre entre el crepúsculo y la aurora. Ciertamente, debemos trabajar con el propósito consciente de pacificar Europa dentro de la estructura de Naciones Unidas y conforme a su Carta. Me parece que esta es una causa política pendiente de extraordinaria importancia.

A este lado del Telón de Acero que recorre Europa existen otras causas de inquietud. En Italia, el Partido Comunista se encuentra en serias dificultades, pues tiene que apoyar las reivindicaciones del mariscal Tito, criatura del comunismo, sobre Istria, el antiguo territorio italiano cabeza del Adriático. El futuro de Italia, sin embargo, está todavía en el aire. No es posible, una vez más, imaginar una Europa regenerada sin una Francia fuerte. Durante toda mi vida pública he trabajado por una Francia fuerte y nunca he perdido la fe en su destino, ni siquiera en los momentos más sombríos. Tampoco ahora voy a perder mi fe en ella. Pero en muchos países alejados de las fronteras rusas y a lo largo y ancho del mundo se han establecido las quintas columnas comunistas, las cuales trabajan en perfecta unidad y en absoluta obediencia a las directivas que reciben del centro comunista. Excepto en la Commonwealth británica y en los Estados Unidos, donde el comunismo está en su infancia, los partidos comunistas o sus quintas columnas constituyen un desafío y un peligro crecientes para la civilización cristiana. Son estos unos hechos sombríos que nadie querría tener que referir tras la victoria de la libertad y la democracia alcanzada por la magnífica unión de nuestras armas, pero sería una gran insensatez no afrontarlos abiertamente mientras todavía nos quede tiempo.

El panorama resulta también inquietante en el Lejano Oriente, especialmente en Manchuria. El acuerdo suscrito en Yalta, del que fui parte, era extremadamente favorable



a la Rusia soviética, pero se hizo en un momento en el que nadie podía asegurar todavía que la guerra contra Alemania no continuaría en el verano y el otoño de 1945 y en el que se esperaba que la guerra contra Japón se prolongaría más allá de 18 meses una vez terminada la guerra en Alemania. Ustedes, ciudadanos de un país amigo devoto de China, están tan bien informados sobre el Lejano Oriente que no necesito extenderme sobre la situación allí.

Me he sentido obligado a retratar la sombra que, tanto en el Este como en el Oeste, ha caído sobre el mundo. Yo era ministro en la época del Tratado de Versalles y buen amigo del señor Lloyd George, jefe de la delegación británica en Versalles. No estaba de acuerdo con muchas de las cosas que se hicieron, pero guardo un vivo recuerdo de aquella situación y es doloroso compararla con lo que ahora está sucediendo. Había entonces grandes esperanzas y una confianza desmedida en que las guerras se habían terminado y en que la Sociedad de Naciones sería todopoderosa. No percibo la misma confianza, ni siquiera las mismas esperanzas en el desmedrado mundo de hoy.

Por otro lado, rechazo la idea de que es inevitable una nueva guerra; y mucho más que es inminente. Me siento en la obligación de hablar ahora que tengo la ocasión de hacerlo, pues estoy seguro de que nuestra suerte está todavía en nuestras manos y de que podemos salvar el futuro. No creo que la Rusia soviética desee la guerra. Lo que ella quiere son los frutos de la guerra y la expansión indefinida de su poderío y doctrinas. Pero lo que nosotros tenemos que considerar hoy aquí, mientras tengamos tiempo, es la prevención permanente de la guerra y el establecimiento en todos los países, tan rápida mente como sea posible, de la libertad y la democracia. Nuestras dificultades y peligros no desaparecerán cerrando los ojos. No desaparecerán nuestros problemas si nos limitamos a contemplar lo que sucede; pero tampoco los hará desaparecer una política de apaciguamiento. Lo que necesitamos es un plan y cuanto más se retrase más grandes y más difíciles de abordar serán los peligros que nos acechen.

Por lo que pude ver de nuestros amigos y aliados rusos durante la guerra, estoy convencido de que no hay nada que ellos admiren más que la fuerza, y nada hay que les merezca menos respeto que la debilidad, especialmente la debilidad militar. Por esa razón, la vieja doctrina del equilibrio de poder resulta ahora inconveniente. No podemos permitirnos, si podemos evitarlo, trabajar dentro de tan estrechos márgenes y despertar la tentación de una prueba de fuerza. Si las democracias occidentales permanecen unidas en la estricta observancia de los principios de la Carta de las Naciones Unidas, su capacidad para promover esos principios será inmensa y es probable que nadie las inquiete por ello. Si por el contrario se dividen o faltan a su obligación y dejan pasar estos años decisivos, puede que una catástrofe se abata sobre todos nosotros.

Lo vi venir la última vez y así lo proclamé a mis compatriotas y al mundo, pero nadie me hizo caso. Hasta el año 1933, incluso hasta 1935, Alemania podría haber sido salvada de su aciago destino. Podríamos habernos ahorrado así las desdichas que Hitler ha esparcido sobre la humanidad. Nunca ha habido en toda la historia una guerra más fácil de prevenir con una acción oportuna que la que acaba de desolar vastas regiones de la tierra. Se pudo haber prevenido, creo yo, sin pegar un tiro y Alemania sería hoy una nación poderosa, próspera y respetada; pero nadie quiso escuchar y a todos, uno tras otro, nos arrastró el

terrible torbellino. No podemos consentir que esto suceda de nuevo. Lo lograremos si ahora, en 1946, llegamos a un buen entendimiento general con Rusia, sancionado por la autoridad general de la Organización de las Naciones Unidas, y si somos capaces de mantenerlo durante muchos años de paz, con el instrumento mundial, apoyado por toda la fuerza de las naciones de habla inglesa y todas sus conexiones. Es la solución que respetuosamente les ofrezco en este discurso que he titulado «El nervio de la paz».

Que nadie subestime la potencia eterna del Imperio Británico y la Commonwealth. Aunque los 46 millones de habitantes de nuestras islas se vean agobiados por el suministro de alimentos, que ni siquiera en tiempo de guerra alcanzó la mitad de lo necesario, o tengamos dificultades para reiniciar nuestras industrias y nuestras exportaciones después de seis años de un ingente esfuerzo bélico, no crean que no superaremos estos años sombríos de privación como ya hicimos con los gloriosos años de agonía, o que dentro de medio siglo no habrá 70 u 80 millones de británicos

dispersos por todo el mundo y unidos en la defensa de nuestras tradiciones y nuestro modo de vida y de las causas universales que ustedes y nosotros hemos abrazado. Si la población de la Commonwealth se suma a la de los Estados Unidos, con todo lo que supone esa cooperación en el aire, en el mar y en toda la tierra, en la ciencia y en la industria, incluso en la esfera moral, la seguridad será abrumadora, pues a la ambición y al aventurismo políticos únicamente les tienta un poder vacilante y precario. Si nos adherimos lealmente a la Carta de las Naciones Unidas y avanzamos exhibiendo una fortaleza sobria y sosegada, sin buscar la tierra o las riquezas de los demás, sin pretender imponer un control arbitrario sobre los pensamientos de los hombres; si todas las fuerzas morales y materiales y todas las convicciones británicas se unen a las suyas en fraternal asociación, los caminos del futuro serán claros, no solo para nosotros, sino para todos, no solo para nuestra época, sino para el siglo venidero.

